

JUAN LUIS DOMENECH

El futuro de una sociedad altruista

Cada vez es mayor el número de personas implicadas en trabajos sociales no remunerados. Sin embargo, la desigualdad y el deterioro de la situación mundial continúan en aumento y no somos capaces de atisbar una solución ni siquiera a largo plazo. En este artículo se especula, desde una visión antropológica, con lo que podría ser una planificación para la organización del voluntariado y de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) —es decir, del potencial humano altruista— como una de las soluciones para frenar las actuales tendencias involutivas del ser humano. Se perfila un plan global de desarrollo que contempla las facetas económica y cultural y el papel de las tecnologías de la información.

Juan Luis Doménech es biólogo e informático.

Cada vez son más las voces que se alzan a favor de una nueva organización socioeconómica que equilibre o intente equilibrar el desarrollo a escala global. Para unos es una necesidad vital, para otros, una especie de cuestión de Estado y para muchos, una simple razón de dignidad humana. Tal aspiración parece que beneficiaría a todos. Algunos economistas, como Cándido Pañeda, de la Universidad de Oviedo, opinan que la cooperación “aumenta la eficiencia de la economía mundial”, por lo que se hacen necesarios “cambios institucionales que vayan en la dirección de un Estado mundial”

Pero ¿qué es eso de desarrollo? Si bien lo primero que nos viene a la mente cuando hablamos de desarrollo es el económico, tan importante o más es el desarrollo humano o cultura, es decir, todo eso adquirido o aprendido que, complementado con lo innato (personalidad, herencias, potencias, etc...), configura nuestras ideas, nuestras costumbres y nuestra existencia.

¿Y qué es la cultura? Par unos es sinónimo de ilustración, sabiduría o inteligencia; para otros es defensa a ultranza de costumbres o tradiciones, o, por último, sinónimo de progreso, de avance, de historia, de buena crianza o de bien hacer. Sin embargo, ni cultura es sinónimo de inteligencia, ni siempre es defendible, ni la historia merece a veces ser recordada. Muchos cooperantes saben, por el contrario, que cultura es sinónimo a veces de ignorancia, desgracia, desigual-

El altruismo es en Biología la más evolucionada forma de perpetuación de la especie, la más exaltada forma de comportamiento.

dad, racismo, persecución, injusticia o guerra. Resulta curioso observar que es en los países más avanzados donde se está gestando una especie de involución psicológica –patologías psíquicas en aumento, tribus urbanas, fauna urbana, fanáticos de todo tipo– que ya pone en peligro los conceptos de cordura que hasta ahora nos veníamos autoatribuyendo. Por eso conviene poner las cosas en su sitio y apelar, en esta ocasión, a una especial visión de la cultura que intentará aproximar su definición a lo que la naturaleza nos enseña.

La sociobiología nos muestra que existe en el reino animal una amplia gama de comportamientos en cuyos extremos se podrían situar, por un lado, el comportamiento egóico y, por otro, el comportamiento altruista. El primero es fácil de comprender pues es el más característico de los seres vivos en tanto que la propia selección natural implica la supervivencia del más fuerte, que en el hombre se traduce en la preponderancia freudiana del “yo” y lo “mío”. Por contra, existen ciertas especies –delfines, cuervos, etc.– que encuentran en la supervivencia del grupo una inteligente forma de conservación de la especie, aún a costa del propio sacrificio, que trasciende cualquier tipo de comportamiento. El altruismo es en Biología la más evolucionada forma de perpetuación de la especie, la más exaltada forma de comportamiento. Es a lo que debe aspirar el ser humano si es que realmente quiere progresar.

Encontrar en qué grupo se encuentra el hombre como especie animal, en cuanto a sus características innatas, sería motivo de una larga discusión filosófica y antropológica, si bien muchos no tendrían la menor duda en dónde situarlo. La condición de animal reflexivo nos confiere la posibilidad de alterar esos condicionantes innatos –cualquiera que estos sean– a través del proceso de enculturación (ideas, creencias, etc.), para entrar a formar parte directamente del privilegiado (¿evolucionado?) grupo de los altruistas.

Pues bien, es este fenómeno social –el del creciente altruismo– el que nos anima a intentos tan atípicos como utópicos y es esa cultura altruista en boga, esa sociedad altruista de la igualdad y de los derechos humanos, la que nos inspira la osada aspiración a una reforma cultural para alcanzar ese nuevo orden mundial al que muchos aluden sin demasiado ánimo.

En busca de un plan global de desarrollo

Cualquier intento de planificación global e integral del desarrollo debe incluir indiscutiblemente el desarrollo económico, por un lado, y del desarrollo humano o cultural, por otro. Tales líneas de actuación son obvias: la economía nada soluciona por sí sola (las guerras nacionales, familiares o psicológicas son independientes de la situación económica) y la cultura a nadie le interesa si el estómago está vacío. La planificación que aquí se presenta esquemáticamente incluiría una tercera área, nexo de unión entre la economía y la cultura, la única herramienta que hoy por hoy –gracias al avance de la técnica– es capaz de organizar todo el proceso: las absorbentes e inevitables tecnologías de la información.

La planificación se desarrollaría en tres fases. La primera corresponde a una etapa de preparación y de concienciación; la segunda, a una fase de desarrollo; y la tercera, a una fase de consolidación y de integración económica y cultural.

Tabla 1. Esquema general de un plan global de desarrollo

Fases	Líneas	Plan Telemático	Plan de desarrollo Cultural	Plan de desarrollo Económico
I. Concienciación		Censo de recursos Red de comunicac.	Grupo de trabajo Programa piloto	Grupos de trabajo Proyecto piloto
II. Desarrollo		I+D Nuevas tecnologías	I+D Cultura integral	I+D, Economía cooperante
III. Integración		Decisión única coordinada	Plan de estudios global	La empresa cooperante

Plan telemático de desarrollo

En un mundo de globalización y mundialización, las tecnologías de la información y las “autopistas telemáticas” brindan la oportunidad única (inexistente anteriormente) de avanzar en el proceso de “altruización” por medio de su facultad para contribuir a la organización de las actuales entidades altruistas (institucionales, voluntarios, cooperantes, religiosos, ONGs, etc.). El analista Peter Drucker augura en su libro *La sociedad poscapitalista* (1993) una inminente sociedad basada en la cooperación y la solidaridad: en EE.UU. –dice– uno de cada dos adultos (90 millones en total) dedicaba en 1992 un mínimo de tres horas por semana a trabajos voluntarios no remunerados y preveía que esta proporción aumentaría a unos 120 millones de personas con unas cinco horas de trabajo por semana y persona para finales de siglo.

Es probable que cada día se esté creando en algún rincón del mundo alguna nueva ONG al tiempo que hay un incremento de las partidas presupuestarias oficiales al desarrollo en las sociedades más avanzadas. Parece claro pues que el problema no es de falta de recursos, sino de falta de organización. Las ONGs independientes deben superar la actual situación, que no hace sino prolongar la dispersión de recursos. Deben abandonar los residuos que en ellas puedan quedar de condicionantes típicamente egóicos (protagonismo, individualismo, autosuficiencia) y afrontar con decisión la responsabilidad que les toca en la unificación de las decisiones que afectan al desarrollo, entrando, de hecho y por derecho, en una nueva etapa de desarrollo global organizado.

Tal organización debe comenzar con el adecuado registro de todas las entidades y recursos altruistas en las correspondientes bases de datos, continuar con la creación de una red telemática capaz de comunicar a todos ellos (y de acceder ‘on-line’ a todos los proyectos de desarrollo) y finalizar con una dirección cooperativa única, organizada telemáticamente, capaz de planificar eficazmente todo proyecto, de llegar a cualquier rincón del globo y de conferir a la organización resultante una capacidad moral y material sin precedentes.

Después de décadas de funcionamiento, ha llegado el momento de hacer evolucionar la planificación y ejecución de estos proyectos hacia planteamientos más eficaces, más modernos y técnicos.

Uno de los exponentes más visibles del proceso de altruización de nuestra sociedad son los proyectos de ayuda al desarrollo llevados a cabo por numerosas ONGs de todo el mundo. Después de décadas de funcionamiento, ha llegado el momento de hacer evolucionar la planificación y ejecución de estos proyectos hacia planteamientos más eficaces, más modernos y técnicos, que, dotados del adecuado prisma empresarial, sintonicen con los tiempos que corren. El actual estado de subvención de proyectos puntuales, y a menudo descoordinados con respecto al resto de ONGs o de otras instituciones (que bien pueden estar actuando en el mismo área en proyectos similares), no es precisamente el modo de actuar de una empresa bien organizada.

Plan de desarrollo económico

Cuando uno desborda su imaginación piensa en un equipo de cualificados profesionales seleccionados entre las diferentes bases de datos regionales o nacionales, que analicen, diseñen y ejecuten proyectos integrales de desarrollo regional o comarcal, con efectos a largo plazo, con aprovechamiento de recursos comunes, con efectos sinérgicos estudiados, con permanente contacto con personas o empresas occidentales, con adecuados proyectos de I+D, con planes de formación permanentes y con colocación –incluso– de empresarios, profesionales o especialistas propios, en todos y cada uno de los diferentes proyectos concretos. Diferentes grupos de apoyo (las actuales ONGs) complementarían este desarrollo empresarial, en los aspectos educativo, cultural, sanitario o humanitario, por lo que ningún voluntario o cooperante –por elemental que sea su nivel de conocimientos– quedaría excluido del proyecto global.

Toda iniciativa y experiencia quedaría perfectamente registrada en la correspondiente base de datos, pudiendo ser aplicada de inmediato (con las modificaciones pertinentes) a proyectos similares de otras áreas, a la vez que se perfeccionan constantemente el hipotético Programa de desarrollo tipo o estándar, común en toda actuación. Como ya se dijo, cualquier miembro altruista en cualquier parte del mundo podría acceder telemáticamente (en directo o en diferido) a cualquier proyecto a fin de colaborar en su seguimiento, comprobar el estado actual, aportar nuevas ideas o, sencillamente, comprobar el destino y buen uso de aportaciones.

Toda esta labor se complementaría con el apoyo de las que podían denominarse empresas éticas o empresas cooperantes de los países desarrollados –mediante apoyo técnico y logístico, transferencia de tecnología, transacciones preferentes, etc.– que, en Occidente, comienzan a despuntar y que podrían llegar a utilizar conceptos tan atípicos en la empresa de hoy como el lucro moderado o el beneficio social. De aquí a la ansiada canalización directa de los fondos públicos por parte de la sociedad altruista no habría más que un paso. Estaríamos ante una verdadera ayuda al desarrollo organizada, empresarial, con sólidos efectos duraderos y, desde luego, más propia del siglo XXI.

Evidentemente, el desarrollo de esta visión debe comenzar por la modesta organización de grupos de trabajo regional o comarcal que comiencen asesorando, en cooperación, todo proyecto de desarrollo, bien local o bien en países en vías de desarrollo, y terminen con la creación de centros regionales de estudios

avanzados (fundaciones, centros de investigación, etc.) para la cooperación y el desarrollo.

La cultura es quizás la principal área a cubrir en una planificación general, pues de la capacidad del hombre para superar sus actuales limitaciones psíquicas depende, quizás, su supervivencia como especie. En contra de los actuales planes educativos abocados a producir exclusivamente “máquinas de trabajar” (aun así, de dudosa eficacia), un programa iniciado durante el pasado año en Asturias por la Consejería de Cultura asturiana puso en marcha un sorprendente programa (Proyecto Global) cuyo lema era “Aprender a vivir” y su objetivo, la formación de “ciudadanos son criterio”. Resulta paradójico que existan programas como este en una sociedad civilizada tan supuestamente avanzada como la nuestra, donde parece ser que el hombre se ha olvidado de cómo pensar y cómo vivir, con los comportamientos sociales involutivos a los que antes hacía referencia.

Plan de Desarrollo cultural

Si algo debemos aprender de la historia (equivalente a cultura acumulada) es que los pueblos degeneran cuando se pierde el sentido de la educación integral. En una concepción clásica, la educación (equivale a cultura o cultivo) del hombre debería volver a aquella olvidada trilogía de cuerpo (salud), mente (especialidad profesional y economía social) y espíritu (filosofía, psicología, ciencias de lo trascendente), sin que ninguno de ellos sea más o menos importante que el resto.

El desarrollo del hombre (sea este de Oriente o de Occidente del Norte o del Sur, blanco o negro, moro o cristiano) comienza por el diseño de un *Plan de Estudios Global* que incluya su formación como especie; pasa por la implantación oficial del mismo en todas las escuelas y termina con la unificación cultural en una especie de aprender a vivir general que sirva al hombre para convivir con sus fantasmas del pasado y del futuro y, por supuesto, entre sí.

Con esta incipiente idea, absolutamente preliminar, no se pretende más que incitar a los responsables de las ONGs a poner un poco de orden a la multitud de iniciativas altruistas que cada día surgen, desperdigadas e inconexas, pero que, a su vez, son las que confieren algo de esperanza al retrasado y enrevesado proceso de enculturación universal del ser humano. Un proceso quizás aún en sus comienzos, pero que potencialmente puede dar mucho de sí, si el hombre –como sucede en toda ciencia– se instruye y se educa adecuadamente.

Pero de poco sirven las palabras si no se comienza a actuar. En las manos de las ONGs y de los voluntarios altruistas está la posibilidad de aumentar el valor añadido del desarrollo. Su organización y coordinación regional inicialmente deben desembocar en intentos de desarrollo económico alternativo, basados en principios de la empresa ética y en la creación de equipos técnicos bien cualificados capaces de complementar los instrumentos oficiales para la creación de empleo. De mala manera podrán ejecutarse proyectos sólidos y permanentes en países en desarrollo si no somos capaces de paliar las deficiencias económicas de aquellas capas menos favorecidas de nuestra propia sociedad.

Un mayor esfuerzo aún deberá realizarse para reorganizar nuestro caduco sistema educativo de forma que se tenga en cuenta la formación integral del indivi-

duo. Pero no existe mejor comienzo que el que las modernas tecnologías de la información y de las telecomunicaciones están poniendo en nuestras manos. Toda esta reconversión cultura y económica no será posible sin organizar los recursos de base. En su lugar, es necesario catalogar las instituciones y organismos para el desarrollo, censar a los voluntarios y registrar los proyectos y actividades. Después hay que crear una adecuada red telemática que sea capaz de comunicar bases de datos, cooperantes, ideas o experiencias. Y, por último, hay que coordinar y fijar objetivos comunes entre todas las ONGs.

No es fácil convertir las utopías en realidad, pero cuando se está en condiciones de perfilar, siquiera teóricamente, las grandes líneas que la especie humana debería seguir para aspirar a un equilibrio global, uno quiere pensar que no todo está perdido. Una sociedad "paralela" en la sombra aguarda ser organizada y dirigida hacia ese camino que las grandes instituciones y estructuras existentes ya no pueden o no quieren recorrer. El hombre como especie se juega su dignidad y quizás su futuro, alentado por unos pocos que han decidido aprender de la naturaleza y de otros muchos que ansían aprender. Parece llegado el momento de afirmar que de ese hombre altruista, de esa sociedad altruista, de ese sector desligado de los instintos, o rebelado contra ellos, depende la solución del gran enigma de la evolución.